



Lo bueno de la oración es que la necesitamos

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [G Drive](#)]

En ejercicios es muy necesario hacer oración, y hacerla bien. Necesitamos liberarnos, por lo menos durante algunos ratos, y levantar los ojos hacia arriba. A ciertas horas, sentimos la necesidad de levantar los ojos y nuestra alma hacia las alturas, hacia las cosas divinas, hacia Dios: «*buscad las cosas de arriba*» (Col 3,1).

Cuenta Santa Isabel de la Trinidad: «*Dios ha infundido en mi corazón una sed del infinito y un anhelo tan grande de amor que sólo Él puede saciarlo. Me dirijo a Él como el niño a su madre para que invada y llene plenamente mi ser, para que se poseione de mí y me lleve en sus brazos. Tenemos que ser sencillos en nuestro trato con el Señor*»¹.

Aconseja la Santa trabajar al comienzo:

«Toda la pretensión de quien comienza oración, y no se os olvide esto, que importa mucho, ha de ser trabajar y determinarse y disponerse con cuantas diligencias pueda a hacer su voluntad conformar con la de Dios: quien más perfectamente tuviere esto, más recibirá del Señor y más adelante está en este camino» (2Moradas 1,8).

Nos ha dejado una definición muy hermosa de la oración. Ella, que había leído sobre ello todos los libros que estaban a su alcance, y había hecho ya mucha oración; luego sabía bien por experiencia lo que decía:

«No es otra cosa oración, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» (Vida 8,5).

Tratar, relacionarse con Dios. Ella le quita toda complicación a la oración haciéndola sencilla y al alcance de todos, porque consiste, sobre todo, en tratar de amistad, en amar. Todos podemos hacerlo:

«No todos son hábiles para pensar pero todos lo son para amar» (Fundaciones 5,2).

La oración es una entrevista con Dios: para eso hacen falta dos personas, y Dios es persona divina. Tenemos que hacer un esfuerzo y caer en la cuenta de esta presencia suya. San Juan Pablo II decía: «*La oración es una conversación, donde hay un yo y un Tú, pero con una gran mayúscula. Al principio, creemos que el yo es muy importante, pero poco a poco nos vamos dando cuenta de que la iniciativa viene de Dios*».

¹ ISABEL DE LA TRINIDAD, Obras Completas, Ed. Monte Carmelo. Burgos. 2004, p. 534.



San Ignacio en la tercera Anotación (E.E. no 3) nos recuerda que: «*cuando hablamos vocal o mentalmente con Dios nuestro Señor o con sus santos; se requiere de nuestra parte mayor reverencia, que cuando usamos el entendimiento entendiendo*», Es decir, hacer la oración con reverencia y mucha devoción.

Sin duda que es el mejor rato del día. Tenemos que ir con gusto a la oración porque es el encuentro «*con quien sabemos nos ama*». Es una entrevista de amor, como los enamorados, es un encuentro al que no se debe faltar porque nos espera. Es para decirnos ambos muchas cosas. Por esto, tenemos que acudir con el deseo de encontrarnos con quien nos espera. Es un honor, una dicha ser recibido por Dios. Una entrevista que podemos prolongar a nuestro antojo. Dios nunca se cansa, no nos cansamos nosotros. La Santa aconseja:

«Después de santiguaros, procurad luego, pues estáis solas, tener compañía. Pues ¿qué mejor que la del mismo Maestro? Representad al mismo Señor junto a vos, y mirad con que amor y humildad os está mirando; y creedme, mientras pudiereis, no estéis sin tan buen amigo. Si os acostumbráis a traerle junto a vos, no le podréis, como dicen, echar de vos» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 5,1).

[...] el trato de amistad es con Alguien, nuestro Dios que no está lejos, sino muy cerca de nosotros, nos ve, nos oye «*El Señor está cerca de los que le invocan*» (Sal 145,18). Hablar con Dios es hablar con quién está vivo, caer en la cuenta de su presencia.

La oración no es solo para pedir. La oración está también para aprender a aceptar en nuestra vida la voluntad de Dios, como lo hacía Jesús, «*no se haga mi voluntad, sino la tuya*» (Lc 22,42). La oración no tiene por qué cambiar los acontecimientos de la vida; solo cuando Dios quiere responde con un milagro. Lo que cambia es el corazón del hombre, esto es, hace ver los acontecimientos de otra manera, aceptarlo de otra forma más cristiana. Se empieza a considerar todo lo que nos vaya sucediendo como planes y caminos de Dios. El Señor ya sabe lo que necesitamos. Quien quizás no sabemos muy bien lo que pedimos, ni pedimos bien, somos nosotros. [...] Muchas veces tenemos tantas cosas que pedir en la oración, que pedimos lo menos importante. [...] ¿Por qué Dios no nos concede lo que le pedimos en la oración? Dios ha prometido escuchar siempre y escuchar enseguida nuestras oraciones, y esto es lo que hace. ¡Con lo que Él está dispuesto a concedernos!

Solemos quejarnos con frecuencia de que Dios no nos escucha, no nos concede lo que pedimos, y no es que lo que pidamos sea malo. Salomón, a quien Dios le había dado la libertad de pedirle lo que quisiera, le pidió «la sabiduría que necesitaba para cumplir santamente con sus deberes de Rey de Israel». No le hizo mención ni de riquezas, ni de larga vida con salud, ni de fama humana. Pidiendo lo principal, Dios le concedió incluso lo que no pedía: «*Te concederé con gusto esta sabiduría porque me la has pedido, pero no dejaré de colmarte de años, de honores, de riquezas, porque no me has pedido nada de esto*» (2Crón 1,10-12). Si este es el orden que Dios tiene para distribuir sus gracias, no debe extrañarnos, que hasta ahora hayamos orado sin éxito. La Santa que tenía experiencia, lo que pedía al Señor era no ofenderle.



«Parece que lo que otros con gran trabajo procuran adquirir, granjeaba el Señor conmigo que yo lo quisiese recibir, que era darme ya, en estos últimos años, gustos y regalos. Jamás me atreví yo a suplicarle me los diese, ni ternura de devoción; sólo le pedía que me diese gracia para que no le ofendiese y me perdonase mis grandes pecados» (Vida 9,9).

El Papa Benedicto XVI decía: *«Ante las situaciones más difíciles y dolorosas, cuando parece que Dios no escucha, no debemos temer confiarle a Él el peso que llevamos en nuestro corazón, no debemos tener miedo de gritarle nuestro sufrimiento, debemos estar convencidos de que Dios está cerca, aunque en apariencia calle»*².

†

Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!

² BENEDICTO XVI, Audiencia general, 8-11-2012.